

BESTSELLER



Susana Pérez-Alonso nació en Asturias en 1958. Comparte su pasión por la literatura con su actividad política, el asociacionismo y la colaboración habitual en prensa y radio. Fue finalista del premio La sonrisa vertical en el año 2000 con la novela erótica *Mandarina*. Además ha publicado las novelas *Nada te turbe*, *Nunca miras mis manos* y el volumen *Cuentos de hombres*.

Visite la web de la autora: www.susanaperezalonso.com

Biblioteca

SUSANA PÉREZ-ALONSO

Mandarina

De este libro, me gustaría decir a los lectores que bajo la apariencia de relato hay una novela. Decir a quien le importe que me identifico plenamente con el epílogo de Mandarina. Eso pienso yo del sexo y de la vida. No me gustan las mujeres que imitan los malos comportamientos de los hombres; no me gustan en ningún aspecto, menos aun en éste. Y antes de que nadie me lo pregunte: no, no es un libro autobiográfico. Ésa es la pregunta que suele hacerse a una mujer cuando escribe un libro así. Si yo fuese Laura, si hubiese padecido lo que esa mujer padeció, el hombre habría pasado a mejor vida. Soy poco dada al pacifismo, a poner la otra mejilla. El libro se terminó gracias a Ismael, Armando, a mi tía Rosa Clara y a Dolores, que corrigió los aspectos médicos del texto. A mi tía Ángeles, que, aun a su pesar, colaboró en la documentación de parte de esta obra. Sin mis profesoras del Colegio Santo Domingo de Mieres; sin Carmen Castañón, catedrática de literatura en el Instituto Bernaldo de Quirós; sin la señorita Alicia, que me enseñó las primeras letras; sin todas esas personas que me inculcaron el amor por la literatura y me respetaron queriéndome como soy, no existiría el libro. Si no me hubiesen querido de esa ma-

nera, si hubiesen cortado mis sueños y mi fantasía, nunca habría podido escribir. Sin amor, sin sentimientos, la vida no lo es y la literatura no existiría. A los que me quieren y me han querido; a los que me respetan y con ello respetan al prójimo; a los que no juzgan; a los que saben perdonar; a la buena gente; a los que no hacen del insulto una bandera; a los que nunca me han querido por ser como soy, a ellos, dedico Mandarinina. Y por encima de todos, y una vez más, a mi padre.

Mi casa huele a mandarinas y geranios, verbena y ámbar, y al que no le guste... que se joda.

Mandarina es un libro de amor, una historia de amor e integridad en un mundo vacío de valores o, en todo caso, lleno de falsos e hipócritas valores. Eso es Mandarinina.

*A él,
que puso cuerpo a un sentimiento que fue mío*

En mi lecho, por las noches,
he buscado
al amor de mi alma.
Busqué y no le hallé.
Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad.
Por las calles y las plazas
buscaré al amor de mi alma.

Los amores del rey Salomón
Cantar de los Cantares

Era como una lava erótica que cundía por el cuerpo.
Que hacía calentar la sangre, revolucionar el cerebro.
Fue entonces, cuando se sentía acomodada en la turca.
Tendida mas bien equilibrada, que sintió el timbre.
Dan. Sólo Dan tenía acceso a su casa en aquel instante,
A aquella hora de la noche. Se agitó...

CORÍN TELLADO

Te estoy amando intensamente y no te puedo ver. No sé cómo es tu pelo ni el color de tu piel y sin embargo siento yo que estoy enamorado. Será que en otros tiempos nuestro amor no se ha logrado. Yo quiero ser el trovador que canta en tus sueños. Yo quiero amarte como si fuera tu único dueño, sentir contigo la brisa fresca que nos trae el viento. Yo quiero besarte, yo quiero siempre a ti acariciarte, yo quiero de tu mar rescatarte: voy a hacer renacer en mí un nuevo sentimiento para que cuando tú estés sola, pienses sólo en mis besos y no pienses en nada, para que vivas en cautiverio del hombre que te ama y que quiere ser tu dueño.

JOSÉ ORTEGA HEREDIA (MANZANITA)

Y LAURA ESCRIBIÓ...

*Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.
No podrá con la pena mi persona
circundada de penas y de cardos...
¡Cuánto penar para morirse uno!*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Un día de septiembre como tantos otros; un día con nubes, con humedad y calor; un día de septiembre como cualquier día; un día aburrido como miles de días, Laura dobló una esquina, tropezó con un hombre y a punto estuvo de caer al suelo. Por un instante, Laura vio sus ojos, sintió sus dedos en la piel, apoyó una mano en el brazo que la sujetaba y oyó la voz del hombre disculpándose. Ese día la vida de Laura dejó de ser aburrida y se convirtió en el preludio de una tragedia a la que precedieron el deseo y la pasión.

Desde el día siguiente al encuentro en la esquina, el asfalto tenía brillo de charol aunque no lloviese; las flores del parque dejaron de parecerle repollos morados; las mariposas acariciaban su pelo y formaban diadema en su cabeza. Ese día de septiembre Laura comenzó a verse diferente y a mirar su entorno con ojos llenos de luz que transmitía a los objetos percibidos con cualquiera de sus sentidos.

En lo bueno y en lo malo, Laura supo hasta dónde podía llegar una pasión nacida en una esquina de una ciudad cualquiera, un día cualquiera de septiembre.

Nunca volvió a ver los ojos ni a sentir en su cuerpo las

manos del hombre con el que se dio de bruces, pero cada día oyó su voz durante un año. Desde la mañana siguiente, él comenzó a llamarla cada amanecer. Laura nunca supo quién era ni cómo él logró saber su nombre y su teléfono. Al cabo de una semana, a Laura dejó de importarle: lo único necesario era la voz y la llamada de cada día. Eso y lo que ella fue capaz de hacer con la voz y la palabra; lo que fue capaz de hacer con un sonido sin más referencias que la voz. Durante un año el sonido de su voz fue todo lo que tuvo; la voz abarcó el resto de los sentidos: olfato, tacto, vista, gusto. Con eso creó un mundo para la voz y para ella, un mundo en el que nunca entró nadie; y durante un año, Laura hizo el amor por teléfono con la voz que cada madrugada interrumpía su sueño para crear otros más reales.

Al cabo del año, el teléfono dejó de sonar. Laura apareció muerta en su cama un mes más tarde. Una de sus manos sujetaba el teléfono, la otra un cuaderno en el que noche tras noche había escrito cuentos, relatos amables que al poco tiempo fueron tornándose oscuros, rebeldes o indiferentes.

Laura murió de pasión porque la pasión mata: la pasión nace y muere de y en las heridas que la transmiten. La boca es una herida abierta a la pasión; la boca deja salir palabras que la provocan; nada alienta más la pasión que la palabra y los silencios que la siguen; la boca es la fuente de la que nacen los fluidos que transmiten sensaciones; la boca es un buzón que lleva los correos a las venas; la pasión es una herida que crea más heridas; la pasión es una herida que siempre cierra en falso. Pasión y muerte son vecinos; pasión y muerte lindan y marcan las fronteras entre la razón y la locura.

Quien no conoce el dolor, no sabe qué es la pasión. Laura murió de pasión, de no tenerla. A Laura una voz la llenó de ella y después quiso dejarla libre; a Laura la asesinaron de la manera más atroz y más cruenta: dar para quitar; poseer y abandonar. La voz que mató a Laura fue la del criminal perfecto. Él fue un asesino; ella, la víctima propicia y entregada a un sacrificio ritual. Él lo sabía cuando comenzó el juego; ella, no. Lo más triste es que el dueño de la voz nunca se consideró culpable de un asesinato; incluso el resto de su vida, pensó que había hecho un favor a la víctima.

Se enteró de manera casual de la muerte de Laura y al sentimiento de lástima —relativa— aunó el pensamiento de que gracias a él, Laura había tenido unos momentos de felicidad que de otra manera no habría conocido. Para la voz, la felicidad no era más que cuestión de momentos, de instantes. Nunca pensó que la felicidad no fuese más que un estado pasajero. Laura creía y luchaba con desesperación por ser feliz. Él no se paró a pensar que había dejado de llamarla cuando ella insistió en conocerlo; cuando lo amenazó con dejar de contarle las historias que escribía para él si no se miraban a los ojos; en eso no pensó. Él sabía que esquinas había muchas y mujeres como Laura en ellas. Encontraría otra.

La mañana en que los periódicos anunciaron que Laura había aparecido muerta en su cama junto a un teléfono y un cuaderno de cuentos, el hombre prestó un poco más de atención.

El día que una amiga de Laura presentó en una cadena de televisión el libro con sus historias escritas cada noche para él, tuvo un orgasmo frente a la pantalla y al lado de su mujer. Para disimular una erección tan espon-

tánea y poco frecuente, se tiró sobre ella y la besó mientras el semen salía entre los botones de la bragueta. La mujer del asesino de Laura no se paró a pensar qué había ocurrido, lo enganchó por el cuello y se frotó contra él hasta tener un orgasmo. Después se fue a la cama convencida de que la vida era un misterio. Pero aquella noche, y sin saberlo, tuvo algo más que agradecerle a la pobre muerta.

A la mujer del asesino le molestó pensar en las manchas que el semen dejaría en el sofá: hacía poco que lo habían tapizado en Gastón y Daniela. Pero todo tenía un precio y ella lo sabía; llevaba años pagándolo viviendo de mala manera junto al rufián, incluso era cómplice de muchos de sus crímenes. El silencio es cómplice; la rutina lo era; el conocimiento de esas actividades consentidas no dejaba de serlo.

Incluso muerta, Laura le había hecho otro favor a su asesino.

Él se fue a la cama aquella noche pensando que en realidad el libro era su obra. Nadie lo sabría nunca, pero los cuentos eran suyos, por y para él; y ese pensamiento le arrancó una sonrisa de los labios. Los asesinos casi siempre son crueles, da igual el arma que utilicen para matar; y la pasión para él tenía algo de crueldad.

Lo que el facineroso —lo era, robaba sentimientos— no sabía es que Laura le había dejado una herencia emponzoñada. Cada letra, cada palabra, cada sílaba del libro lo describía de manera fiel y exacta. Todas las mujeres a las que había hecho lo mismo lo reconocieron de inmediato. Del libro se vendieron miles de ejemplares; las víctimas lo regalaban a sus hermanas, madres, cuñadas, amigas; éstas a sus maridos, amantes, amigos, cono-

cidos; incluso alguna secretaria depositó el libro sobre la mesa de su jefe. Para los hombres era un dulce envenenado: por los relatos de Laura las mujeres hablaban sin decir, mataban sin ensuciarse las manos y herían sin rozar la mejilla de los ilustres varones que las habían ofendido. Traspasó el libro las fronteras del país y llenó miles de hojas de periódicos de todo el mundo; colmaron lágrimas amargas los ríos de las estrellas del universo; seguía a cada lágrima un agitar de abanicos; abanicos de cuchillos. Despertaban del letargo las mujeres sumidas en el mismo hechizo del que Laura se había visto poseída. Al año de su muerte, *El Día de la Mujer* estuvo dedicado a Laura, a la autora de un solo libro; a la odalisca que nunca lo fue más que en función del amor.

Con ese libro muchas mujeres aprendieron que no debían perder el poder de querer tanto y de la manera en que lo hacían; que no debían renunciar a la pasión. Aprendieron que los hombres las mataban, aniquilaban o simplemente las dejaban a un lado del camino utilizando un arma que estaba en su interior: el sentimiento. Un talón de Aquiles que ellos habían controlado hacía años; un virus al que se habían hecho inmunes.

El asesino de Laura terminó sus días encerrado; había esquinas pero ninguna mujer presta a seguir sus planes. El día que intentó volver a casa y arrinconar en una esquina del sofá a su mujer, ella le dio un empujón y le anunció que se iba. Su madre le había regalado el libro de Laura; reconoció al instante al hombre que allí se describía y unió valor y excusa para huir del monstruo. Antes de irse, le arrojó el libro a la cara; al leerlo, él se enfureció sin querer reconocerse en las letras y palabras, pero viéndose reflejado en cada situación. La contradicción

propia y la ausencia de reflexión lo condujeron a la locura; golpeaba su pene contra las esquinas día tras día. Un juez decretó su ingreso en el psiquiátrico. Murió tras años de cautiverio y sin haber podido tener un orgasmo, felicidad ni placer alguno, y con la polla completamente destrozada a causa de tanto golpe y toqueteo solitario.

Él le había dicho que la quería, la había inundado de palabras y de amor. Sin eso Laura jamás habría caminado a su lado tantas madrugadas por las ondas del teléfono; sin sus palabras, ella jamás habría deambulado por el filo de la umbría pena que conduce a un fin bruno.

Laura se dio cuenta de que el amor no existía en la voz y planeó su venganza; su propia muerte antes que consentir que el homicida de sentimientos lograra exterminar lo máspreciado para ella: su fe en la pasión auténtica, la que salva distancias y barreras, la que no permite la muerte, la que lanza cada mañana suspiros de gracias a la vida; la pasión que no entiende de normas ni reglas; esa clase de pasión que tan sólo nace del amor y se somete a las circunstancias, cualquiera que éstas sean; la pasión que provoca dormirse sintiendo una mano en la cintura y amanecer con esa misma mano rodeándola. La pasión para Laura era ternura más que sexo.

Por y para eso Laura había escrito durante muchas noches...